

¡Gritos y Sombrazos!



Por Maru Lozano

Noviembre de 2011

Dar un espectáculo ruidoso para mostrar nuestra desaprobación por algo que nuestros tesoros hicieron, es natural. Pero lo malo está en gritar por lo que queremos que se haga de acuerdo a nuestras expectativas de tiempo y calidad. Cuando estamos con amistades o con gente de trabajo es imposible usar nuestro altavoz y sacar a pasear uno que otro vituperio porque si lo hacemos, las consecuencias podrían no ser tan lindas; quizá por eso en casita soltamos y relajamos esa personalidad poco tolerante.

Si partimos de la base que estamos formando futuros adultos y que es muy posible que los hijos tengan como parte de su misión mostrarnos una nueva manera de educación, le bajaríamos al volumen y eequalizaríamos pensando más. Es obvio recurrir al grito para llamar a los chicos, porque si les decimos: “Mi amor, ¿puedes venir un momento?” Ellos negociarían que después de los anuncios, cuando acabe el nivel del video-juego, nos cuestionarán para qué, etc.

Gritamos para desahogarnos y también porque eso aprendimos desde chiquitas. Cuando desgañitamos con ese derroche de mala vibra, lo que les provocamos a los hijos es:

- Que desarrollen un nerviosismo peculiar.
- Que surja el estrés a modo de: Comerse las uñas, arrancarse el pelo, tics, hacerse pipí, entre otros.
- Que les broten los resfriados, asma, gripas, etc.
- Que tengan problemas con su conducta; podrían volverse desobedientes y desafiantes o bien, víctimas del hostigamiento.

Imagínate que tú tuvieras que hacer algo importante en el trabajo, pero te gritan tus superiores, te amenazan con decirle al mero mero, la cara de los jefes es desagradable, golpetean en el escritorio y azotan las puertas, ¿podrías fluir dando buenos resultados? Lo que más deseas es agradarles para que piensen bien de ti, permanecer y sentirte segura. Algo así sucede con los hijos. De chiquitos nos obedecen, pero en cuanto crecen nos espejean y retroalimentan, cosa que nos exaspera y nos hace vociferar más. Entre más gritemos a nuestros hijos, menos les vamos a agradar, menos valores seríamos capaces de transmitir y más se parecerán a nosotros. Con voz tenue o fuerte, ellos nos escucharían si:

¡Gritos y Sombrazos!

- Decidimos movernos, acercamos a ellos y hacer contacto visual.
- Lo nombramos como "hijo", antes de explicarles un poco "para qué" necesitamos interrumpirlos.
- Ahora sí, ¡encomendamos!

Algo así como: "Hijo, la basura pasa mañana, por favor sácala ahora para que puedas seguir con tus cosas". Es increíble pero, si nosotros nos transportamos hasta donde ellos estén y esperamos a que nos vean, la magia comienza porque, con tal de que ya te vayas, ellos se levantarían a invertir dos minutos en el favor que les pediste. En cambio, si les gritas, los llamas desde el ala oeste del castillo y ni siquiera te percataste si estaban dispuestos, pues la enojada serías tú y por supuesto no tardarías en manifestar toda tu desesperación con el doctor en forma de colitis y todos los "itis" posibles. Recordemos que en los ojos está la modulación del sentimiento, así que "hasta ver, entonces verter".

Al interior de un hijo

"Pobrecita de mi mamá, cuando yo me vaya de la casa, ¿a quién le va a gritar?"

Marlene M., estudiante de preparatoria.

*"Cuando mi papá le grita a mi mamá ella llora mucho, ¿por qué cree que ella vale tan poco?"
Me gustaría que se defendiera o no lo permitiera.*

Tania, estudiante de secundaria.

"No hay nada más emocionante que hacer enojar a un maestro o a los papás, gritan y se ponen bravos... Da risa, ¡entretiene!"

Marco, estudiante de preparatoria